



La señora Pinkerton ha desaparecido

Sergio Aguirre

Ilustraciones de Santiago Caruso



Norma

La señora Pinkerton ha desaparecido

La señora Pinkerton ha desaparecido

Sergio Aguirre

Ilustraciones de Santiago Caruso

 Norma

www.kapelusznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile.

Aguirre, Sergio

La señora Pinkerton ha desaparecido / Sergio Aguirre. - 1a ed. 7a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2017.

104 p. ; 20 x 11 cm.

ISBN 978-987-545-568-9

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.

CDD 863.9282

© Sergio Aguirre, 2013

© Santiago Caruso, 2013

© Editorial Norma, 2013

Av. Leandro N. Alem 1074, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición: abril de 2013

Séptima reimpresión: septiembre de 2017

Dirección editorial: Hinde Pomeraniec

Edición: Laura Leibiker

Coordinación: Daiana Reinhardt

Diagramación: Romina Rovera

Corrección: Patricia Motto Rouco

Ilustraciones: Santiago Caruso

CC 61074621

ISBN 978-987-545-568-9

Contenido

Capítulo 1	7
Capítulo 2	11
Capítulo 3	15
Capítulo 4	21
Capítulo 5	25
Capítulo 6	31
Capítulo 7	37
Capítulo 8	43
Capítulo 9	51
Capítulo 10	57
Capítulo 11	63
Capítulo 12	67
Capítulo 13	75
Capítulo 14	79
Capítulo 15	89
Agradecimientos	103

Capítulo 1

—¡E^s una bruja!

La señora Pinkerton susurró esas palabras al oído de su hijo, que en ese momento se hallaba sentado en uno de los elegantes sillones de la casa de su madre, en los suburbios de Oxford.

Edmund, su único hijo, nunca la había visto tan alterada. La anciana iba nerviosamente de una punta a la otra, y cada tanto daba golpes en el suelo con el bastón de una manera que había comenzado a fastidiar a Picasso, su gato; un ejemplar negro y rechoncho, con un humor tan agrio como el de su dueña.

La señora Pinkerton era conocida por su arrogancia y su pésimo carácter. Nadie le gustaba y en nadie, decía, se podía confiar. Así era ella.

Sin embargo, Edmund notaba que en esta ocasión algo más estaba sucediendo.

8 Su madre jamás lo había recibido con el aspecto desalentador que mostraba esa tarde: sus blancos cabellos recogidos con descuido, el rostro sin maquillaje, y cubierta con su viejo salto de cama verde, como si recién se hubiera levantado.

—Una bruja verdadera —continuó la señora Pinkerton—. ¡Y vive al lado de mi casa!

Terminó la frase con un enérgico golpe de bastón y fue hasta el otro extremo de la sala para volver mirando fijamente a Edmund con sus ojos severos:

—¿No vas a decir nada?

Edmund no abrió la boca.

Oírla decir que la señorita Larden, la mujer que se había mudado a la casa de al lado, era una bruja verdadera, lo dejaba sin palabras. ¿Por qué decía “verdadera”? Su madre podía ser orgullosa, intolerante, desconfiada, pero siempre había sido una mujer repleta de sentido común. Nunca había creído en brujas. No podía estar hablando en serio...

—¿No me crees, verdad? —preguntó ella, como si le adivinara los pensamientos.

Edmund carraspeó y se acomodó en su asiento. Tenía que responder algo, pero no



sabía qué. ¿Acaso su madre estaba perdiendo la razón?

Entonces ella continuó:

—Y ahora estás pensando que me he vuelto loca. Lo veo en tu mirada. No me lo vas a decir, pero es lo que estás pensando. Eres igual que tu padre...

Edmund decidió hablar con el mismo tono sereno que empleaba con sus alumnos de la universidad cuando se ponían difíciles:

—En todo caso me gustaría saber por qué afirmas que la señorita Larden es una bruja, madre.

—Lo sé porque la conocí. Fue hace muchos años...

La señora Pinkerton dio unos pasos y se hundió en su sillón, como si de pronto se le hubieran agotado las fuerzas. Cerró los ojos, y volvió a abrirlos, antes de decir:

—Yo sé quién es. Y sé lo que hizo.

Entonces Edmund, por primera vez, vio el miedo en los ojos de su madre.

Capítulo 2

—¿Quién es esa mujer? —Edmund se inquietó—. ¿Te ha hecho algo?

La señora Pinkerton miró hacia el muro que separaba su casa de la casa vecina:

—¡Esa mujer es un demonio!

Edmund había visto a la señorita Larden una sola vez, hacía una semana, en la vereda, por casualidad. Ella salía de su casa con un maletín, cuando él descendía del auto. La recordaba perfectamente. Le pareció elegante, sofisticada y muy atractiva. Un tipo de mujer importante. De las que podían salir en las portadas de las revistas. ¿Por qué su madre decía que esa mujer era una bruja?

Ella continuó:

—¿Y sabes lo que me dijo? ¡*Que vamos a ser muy buenas amigas!* —la señora Pinkerton llevó sus manos a la cabeza, como si con aquellas palabras hubiese caído sobre ella una maldición:

—¡Tienes que sacarme de aquí! Te lo suplico, Edmund, isácame de aquí!

Esa anciana orgullosa de pronto parecía una niña muerta de miedo. Muerta de miedo porque una vecina quería ser su amiga. Eso no tenía el más mínimo sentido:

—Madre, me estás preocupando...

Pero la señora Pinkerton no lo dejó terminar:

—¡Shh... shh...! —irguió su cabeza en señal de alerta. El gato, que estaba echado a sus pies, hizo lo mismo.

—¿Escuchas? —preguntó en voz baja.

Edmund aguzó sus oídos. El silencio era total.

La señora Pinkerton se incorporó de su sillón y se dirigió hacia el muro lindante con la casa de la señorita Larden:

—¡Está ahí! ¡Puedo oírla!

En ese momento Edmund reparó en el espacio vacío que había dejado uno de los cuadros de su madre. Ahora el cuadro se hallaba en el piso, reclinado contra la pared. Desde su juventud la señora Pinkerton se había dedicado a pintar paisajes ingleses. Se sentía orgullosa de sus pinturas, que se lucían en todas las habitaciones de la casa.



La anciana apoyó su oído en el sitio que antes había ocupado el cuadro:

—¡Escucha! —murmuró.

—En verdad, no escucho nada. Y me gustaría que te tranquilizaras y...

—¡Cállate!

Edmund guardó silencio. Entonces escuchó. Era un sonido raro y apagado, que no supo situar. Podía ser cualquier cosa.

—¿La oyes? Está tramando algo. Lo sé. ¡Se está preparando...! —y gritó en voz baja—: ¡Para hacerme desaparecer!

La señora Pinkerton se separó del muro como si quemara, y comenzó a mirar hacia todos lados, extendiendo los brazos, como si buscara por donde escapar. Entonces se abalanzó sobre Edmund, y sacudiéndolo de las solapas de su traje, le gritó:

—¡Haz algo! ¡Haz algo!

El gato, al ver semejante reacción, huyó rápidamente hacia la cocina.

Edmund perdió la paciencia:

—¡Basta! —se levantó, y tomando a su madre de los hombros la obligó a sentarse de nuevo—: ahora te tranquilizarás. Prepararé té, y me contarás exactamente qué pasó con esa mujer.

Capítulo 3

—**L**a vi ayer, cuando regresaba de la farmacia...

Después de tomar el té, la señora Pinkerton se había recompuesto y parecía la misma de siempre.

—Tuve que ir yo porque la inepta de Mary había olvidado comprar las pastillas para mis jaquecas —hizo un gesto de desaprobación—. Esa muchacha no puede continuar a mi servicio...

“Otra vez”, pensó Edmund. Las asistentes de su madre nunca duraban más de unos pocos meses.

—Vi que una mujer intentaba abrir la puerta de la casa de al lado —continuó la señora

Pinkerton—. Sabía que la casa tenía una nueva dueña. Debía ser ella. Nuestras miradas se cruzaron. Tú sabes que a mí no me gusta alternar con los vecinos, pero era inevitable saludarla:

“Buenas tardes”.

—Entonces ella se volteó para quedar frente a mí, y dijo:

“Hola, querida”.

—Me quedé mirándola. Sus ojos... Había algo en su rostro, algo familiar y extraño al mismo tiempo. Yo había visto a esa mujer alguna vez, estaba segura. Y esa idea fue más poderosa cuando escuché su nombre:

“Soy la señorita Larden”.

—*Larden... Larden...* Ese nombre comenzó a dar vueltas en mi cabeza. ¡Ojalá la hubiese reconocido en ese momento! ¡Hubiese salido corriendo de allí!

La señora Pinkerton hizo un gesto con las manos:

—No sé explicar lo que pasó después, no sé qué me hizo, pero al rato estábamos tomando el té en su casa como dos viejas confidentes. ¿Lo imaginas? ¿Yo?

No. Edmund no lo podía imaginar.

—¿No puedes, verdad? Fue como si se hubiera adueñado de mi voluntad.

En ese momento las cortinas de la sala se sacudieron levemente ante una ráfaga de viento. Edmund observó que, detrás de las ventanas, el cielo se había oscurecido. Anunciaba una tormenta.

—Edmund, cierra la ventana —ordenó la señora Pinkerton—. Traba los postigos, pero deja uno abierto. Abierto pero trabado. Sabes que aborrezco el viento.

—Sí, madre —dijo Edmund obedientemente, y se levantó, trabó los postigos, dejó uno abierto y cerró la ventana. De regreso tropezó con las patas de un caballete. Los rollos de lienzo que había en él temblaron a su paso. Desde que la señora Pinkerton no subía más las escaleras de su casa, usaba la sala como atelier.

—Menos mal que tienes los anteojos puestos, Edmund...

—Sí, menos mal, madre.

La señora Pinkerton aguardó a que su hijo se sentara de nuevo para continuar:

—Hablamos... en realidad, hablé yo todo el tiempo. Me hizo sentir tan cómoda... Me resultaba una mujer... *encantadora*. Le conté de ti, que eres profesor de la universidad, de mi pasión por la pintura y de mi gordo hermoso—. Miró al gato, que ahora estaba echado a sus pies.

Edmund odiaba cuando su madre llamaba al gato “mi gordo hermoso”.

—Ella solo mencionó que había vivido en América —prosiguió la anciana— y que nunca se había casado. “Qué raro”, pensé, esa mujer tan bella, tan agradable... no debían faltarle propuestas de matrimonio. Mientras tanto yo trataba de recordar: ¿Dónde la había conocido? ¿Cuándo? Y estaba a punto de decirlo. Pero no

fue necesario: la señorita Larden extendió su mano hacia una caja de bronce que se hallaba sobre la mesa y me preguntó:

“¿Le molesta que fume?”.

—Tú sabes que detesto ese hábito, me parece nauseabundo, y también detesto a los fumadores, pero respondí con la mejor de mis sonrisas:

“¡Fume todo lo que quiera! ¡No me molesta en absoluto!”

—Entonces ella abrió la caja, sacó un cigarrillo, y después, no vi de dónde, apareció la boquilla. Era una larga boquilla de plata, completamente grabada, finísima. Vi la forma en que la tomaba, sus manos, ese movimiento...

”Y de pronto recordé todo. ¡Era ella! ¡Era la mujer del hotel!

”Me puse de pie de un salto y empecé a retroceder alejándome de ella, como si fuera una planta venenosa.

”—¿Le sucede algo, señora Pinkerton? —me preguntó, sorprendida por mi comportamiento.

”—No... nada... nada, yo... debo irme. ¡Mi hijo debe estar por llegar en cualquier momento!

”Traté de alcanzar la puerta lo más rápido que pude. Entonces escuché su voz detrás de mí, que me decía:

”—¿Sabe, señora Pinkerton? Usted y yo vamos a ser muy buenas amigas.

Edmund vio cómo el rostro de su madre se deformaba por el llanto:



—¡Dios mío! ¡Qué será de mí...!

A esta altura, Edmund estaba francamente alarmado. Ya no tenía dudas de que la salud de su madre se hallaba afectada. Y por lo visto, de una manera bastante seria. ¿Qué era todo esto? ¿Qué tenía de amenazante el encuentro con la señorita Larden para que su madre se pusiera así?

—No entiendo por qué es tan terrible que quiera ser tu amiga...

—Porque esa es la forma de marcar a sus víctimas. ¡Esa bruja me ha marcado! ¡Debes creerme, Edmund! ¡No me queda mucho tiempo!

Edmund dio un respingo al escuchar aquellas palabras:

—Pero, madre, por favor, sigo sin entender.

—Claro que no lo entiendes... Tú no sabes lo que sucedió en ese hotel, aquel verano.

—¿Aquel verano?

—Sí, cuando la conocí. El verano en el que hizo desaparecer a Lucy Grey.



La señora Pinkerton ha desaparecido

Edmund llega de visita y encuentra a su madre, la señora Pinkerton, fuera de control: la anciana sostiene que su nueva vecina, la señorita Larden, es una auténtica bruja. Para probarlo, le contará a su hijo un hecho misterioso ocurrido hace más de cincuenta años en un hotel de Dorset. Con la ayuda de Alice, su pequeña hija, Edmund intentará comprender las causas de la extraña amenaza que aterroriza a su madre.



Sergio Aguirre

Nació en Córdoba, Argentina, en 1961. Es escritor y psicólogo. Por sus libros para niños y jóvenes recibió varios premios, como el accésit del Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Norma-Fundalectura 1998 por *La venganza de la vaca* y una mención en el Premio Nacional 2012 (categoría Literatura Infantil y Juvenil) por *El hormiguero*. Además, sus obras fueron destacadas por Alija, *White Ravens* y el Banco del Libro de Venezuela.

A partir de los 11 años

Norma

www.kapelusznorma.com.ar

C.C. 61074621

ISBN: 978-987-545-568-9



9 789875 455689

Derechos reservados Editorial Norma S.A. Prohibida su copia, reproducción y distribución.